



**INCIDENCIAS ECONÓMICAS VENEZOLANAS EN EL  
PROCESO MIGRATORIO CANARIO DE LA POSTGUERRA**

**LUISA MARGOLIES DE GASPARINI**

En el éxodo masivo de emigrantes europeos hacia el Nuevo Mundo, característico de los movimientos poblacionales de gran parte del siglo pasado, Venezuela estuvo casi totalmente excluida. Entre 1824 y 1924 Norteamérica recibió unos 36 millones de inmigrantes, mientras Argentina y Brasil acogieron a alrededor del 90 por ciento de los 11 millones de personas destinadas a América Latina (Morner 1985: 47); en contraste, a Venezuela vinieron menos de 50.000 personas, una cifra insignificante. Para 1873, en la mitad de este siglo de masiva emigración, Venezuela albergaba 29.000 inmigrantes que representaban un mero 1,7 por ciento de su población total. A decir verdad, el porcentaje de extranjeros en Venezuela había variado muy poco desde el final de la pasada centuria, cuando los inmigrantes (blancos no criollos) constituían el 1,3 por ciento de una población inferior a un millón (Chen et. al. 1983: 47-48).

En el curso del gran éxodo español entre 1895 y 1914, cuando 2.281.569 personas partieron hacia Latinoamérica, Argentina y Cuba constituían países receptores de más del 80 por ciento de los emigrantes; Brasil, Uruguay, Chile y México, respectivamente, recibieron contingentes cada vez menores de emigrantes, mientras Venezuela estaba prácticamente fuera de este grupo, pues acusaba menos del uno por ciento de la población emigrante (Cabezas Moro 1983:144-149). Fue sólo en fecha avanzada del presente siglo, mientras el resto de América Latina cerraba sus puertas a los influjos masivos de población mediante políticas restrictivas, cuando Venezuela experimentó el impacto de la emigración en gran escala de españoles y canarios.



## LOS CANARIOS EN VENEZUELA: ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La presencia de población canaria en Venezuela se hizo palpable desde la época de la conquista. A través de los siglos dieciseis y diecisiete los canarios jugaron un importante papel en la colonización de la nueva provincia. Familias originarias del archipiélago fueron fundadoras y pobladoras de numerosos pueblos y caseríos, y se dedicaron al cultivo de la tierra. Según informa Castillo Lara, “ese flujo de gente isleña a las tierras venezolanas, que se había venido sucediendo sin orden ni concierto en los tiempos azarosos de la Conquista, toma un mayor incremento en las décadas finales del siglo XVII y primeras del siguiente. En ellos tuvieron ciertas influencias las medidas oficiales, que tendían a acelerar la colonización de una provincia hasta entonces poco poblada en su vasta geografía” (1983: 22). La Corona estipulaba que cada familiar debería traer sus propias herramientas agrícolas al nuevo mundo, y que recibía a cambio cierta porción de tierra laborable (Borges 1963: 130). A mediados del siglo dieciocho los isleños canarios se hallaban concentrados en el fértil valle central de Caracas, aunque diseminados también en toda la Provincia (Castillo Lara 1983: 11).

En el transcurso del siglo dieciocho nuevos contingentes de inmigrantes de las Canarias, confrontados con una aristocracia terrateniente local que controlaba las mejores tierras en sus grandes estancias agrícolas, abandonaron la agricultura y fueron arrastrados hacia el campo del comercio minorista. Al decir de Lynch, en un estudio sobre los inmigrantes canarios del siglo dieciocho, éstos pusieron en juego su iniciativa y astucia para los negocios, logrando dominar las importantes rutas comerciales que comunicaban los Llanos interiores con la costa (1987: 221). Pero no obstante su participación en esta actividad comercial, esta comunidad no alcanzó una alta posición social dentro de la sociedad colonial. En el primer nivel estaban los *peninsulares*, que monopolizaban en comercio transatlántico, y luego la élite criolla local cuya riqueza se basaba en la propiedad de la tierra. El tercer lugar lo ocupaban los canarios que conformaban una masa indiscriminada entre los otros blancos y las castas pardas (Lynch 1987: 217-218), y constituían una clase que podríamos llamar de burguesa.

El comienzo del siglo diecinueve trajo nuevas oleadas de emigración de las Islas Canarias. En los años de la consolidación de la nueva república, a partir de 1830, el congreso de Venezuela dictó una serie de decretos destinados a fomentar la inmigración ultramarina, con privilegios especiales para los nativos de las Canarias. Estos tenían reputación

de trabajadores honestos e industriosos, y por ellos se les ofrecía alicientes atractivos como extensiones ilimitadas de tierra con títulos de propiedad debidamente documentados, exoneración de impuestos por espacio de diez años, nacionalización con goce de plenos derechos, gastos de traslado, etc. (Veracoechea 1986: 67-75). Estas primeras medidas inmigratorias fueron inicialmente efectivas; sólo en los años de 1831 a 1833 entraron a Venezuela más de 10.000 inmigrantes, de los cuales la gran mayoría, unas 8.000 personas, procedían de las Islas Canarias (Lynch 1987: 228).

Sin embargo, el flujo inmigratorio no tuvo suficiente tiempo para consolidarse por causa de la Guerra Federal librada entre 1850 y 1863. Las condiciones del país eran caóticas, y en el exterior se tenía una visión adversa de Venezuela. Veracoechea observa que “algunos canarios habían muerto debido a la guerra, lo cual creó serios conflictos internacionales, produciéndose un clima muy tenso en el extranjero. Serias críticas recaían sobre Venezuela, y la Corte de Madrid reclamó duramente la muerte de canarios y la pérdida de bienes de españoles (1986: 103)”.

El advenimiento de Antonio Guzmán Blanco en 1870, determinó la formulación de una política inmigratoria consistente. El Decreto N.º 4, promulgado en 1875, creó la primera agencia mundial de inmigración, estableció una serie de reglamentos y condiciones para el ingreso de extranjeros y promovió la formación de colonias agrícolas. El fracaso de estas colonias se debió a diversos factores. En general, la inestabilidad de la situación política aún perduraba, y además, la política de Guzmán Blanco se sustentaba en un modelo utópico errado según el cual los *criollos* y los extranjeros se fundirían armoniosamente a través del *mestizaje* (Veracoechea 1986: 101-110).

Por lo demás, al otro lado del océano se había producido un certero rebote en respuesta al decreto de Guzmán Blanco de 1874, y algunos intelectuales canarios se pusieron de acuerdo en un intento de desalentar la emigración hacia Venezuela. Advertían repetidamente en llamados públicos a sus paisanos que estaban mal informados acerca de la naturaleza de la emigración hacia Caracas; que no debían dejarse engañar por un presidente en cuyas venas corría sangre isleña, ni debían ser arrastrados por la generosidad de las condiciones ofrecidas, como el transporte gratis, entre otras cosas (Medina 1874a, 1874b). En uno de tales llamados se decía: “Es Caracas, o mejor dicho Venezuela, la República mas agitada en la actualidad de cuantas hay en América... Se ha inaugurado en Caracas un período de terror y de muerte y con la muerte y el terror, se ha conseguido poner aquella República bajo un



pié de paz aparente. Como se comprende, esta paz que, según dicen, ha costado la vida de muchos miles, no puede ser duradera, máxima en un país en que cada elección de presidente cuesta una guerra civil... No pueden, pues, confiar los isleños en la protección que hoy pueda prestarles el Sr. Guzmán Blanco, porque no disfrutando este de las simpatías de ofrecer garantías estables y duraderas (Medina 1874)". Por los demás, Guzmán Blanco fue acusado de masón, impulsor de la construcción de un gran templo masónico en Caracas, dirigente de este carismático movimiento socio-religioso, considerado por muchas personas como anti-cristiano y herético. El cónsul venezolano en Tenerife trató de contrarrestar dichas acusaciones tildándolas de calumniosas; no obstante, se exhortó a los isleños para que permanecieran a toda costa alejados de Venezuela: "El país peor de América y que actualmente presenta menos garantías para hacer fortuna, es Caracas. El país de América donde hay más peligro por la vida, es Caracas... Antes que a Caracas deben ir nuestros paisanos a cualquier otro punto de América (Medina 1874)".

#### LA ECONOMÍA VENEZOLANA: PRELUDIO A LA INMIGRACIÓN MASIVA

Desafortunadamente, cuando a comienzos del presente siglo la situación política interna se había estabilizado lo suficientemente como para permitir el libre ingreso de inmigrantes, la economía se hallaba en condiciones precarias. La economía agraria venezolana se basaba en el monocultivo sucesivo y la exportación de productos de primera necesidad. Tales economías, llamadas de *enclave* por los antropólogos Wolf y Hansen (1972), son en última instancia, frágiles, porque están sujetas a la fluctuación del mercado mundial. Durante el período colonial, el cultivo del cacao predominó por más de dos siglos y era producido casi exclusivamente en la zona central del país. La guerra de independencia y la ruptura de relaciones comerciales con España en 1820 y años posteriores condujeron a la confiscación y el subsiguiente abandono de numerosas plantaciones de cacao, así como el eventual reemplazo de este producto por el café. Sembrado inicialmente en la antigua zona cacaotera, el café era, no obstante, producto ideal para el templado piedemonte, y se extendió rápidamente en los tres estados andinos, desplazando en importancia, para fines del siglo diecinueve, a la zona de las grandes haciendas centrales. El café mantuvo su posición como primer producto de exportación durante todo el siglo XIX, y hasta bien avanzada la década del 20 al 30 del siglo actual. A pesar de los ingresos fiscales sin



paralelo que disfrutó la joven nación durante los prósperos años de la producción cafetalera, la exportación se mantenía sujeta a las vicisitudes del mercado internacional, generadoras de los ciclos de auge y caída típicos de las economías de enclave. Para el año 1903 la economía venezolana atravesaba un período de depresión. La nación se enfrentaba al problema de un mercado cafetalero en descenso y se vio obligada a suspender los pagos de su deuda externa, provocando el bloqueo comercial de sus costas. En palabras de Sullivan, la economía era un caos total: “No solamente había cortado el Presidente Cipriano Castro las relaciones diplomáticas con Holanda, Francia, Colombia y los Estados Unidos, sino que además sus actos habían provocado tirantez con Gran Bretaña, Italia y otros países con los que comerciaba Venezuela. Además, una epidemia de peste bubónica plagaba al país, y los elevados impuestos de exportación aplicados al café y al cacao dificultaban a estos productos competir en el mercado internacional. Sequías, plagas de langostas y los monopolios frenaban el desarrollo agrícola e industrial y el comercio languidecía a causa de la incertidumbre económica provocada por la precaria salud de Castro” (1976: 249). La recuperación del mercado cafetalero y la relativa estabilización de la economía de Venezuela coincidieron con la ejecución de un plan económico impuesto por el General Gómez al alcanzar el poder en 1909.

El año 1920 fue el inicio de una época crucial para Venezuela. Estos años marcaron el decaimiento de la economía agraria y abrieron el camino hacia cambios permanentes en los patrones demográficos de la población. La explotación de los hidrocarburos y la expansión de su industrialización después de la Primera Guerra Mundial tuvieron profundas consecuencias sobre la Venezuela agraria. El flujo del petróleo hacia el exterior aumentó enormemente, mientras la exportación de bienes agrícolas descendió paulatinamente a pesar de breves períodos de recuperación. De 1919 a 1921, debido a la contracción en la demanda mundial, el volumen total de las exportaciones agrícolas declinó, en tan corto tiempo, en más del 50 por ciento (Brito Fugueroa 1974: 395). Simultáneamente, el valor de la exportación del petróleo y sus derivados se cuadruplicó y en el curso de la década el petróleo venezolano continuó su entrada al mercado en proporciones galopantes, reemplazando definitivamente al café en 1926 como principal producto de exportación. La recesión no hizo otra cosa que agravar este proceso. Mientras el petróleo se apoderaba más y más del mercado de exportaciones en expansión, convirtiendo a Venezuela en el principal exportador del mundo, el café, enfrentado a su propia crisis interna, cayó en un colapso final a comienzos de los años 30.



Las profundas modificaciones de la economía venezolana repercutieron de inmediato y a largo plazo en el perfil demográfico. En aquellos lugares donde la estructura demográfica había sido relativamente estable, la aparición de la industria petrolera determinó cambios básicos en la tasa de crecimiento natural y ocasionó una movilización interna de la población. El Estado Zulia, centro del auge petrolero, así como Caracas y otros centros industriales mineros y de servicio, de creciente importancia, se convirtieron en polos de atracción para la población rural (Chen 1975: 230-232). La recesión mundial y la consiguiente caída de valor de los productos agrícolas aceleraron aún más el flujo migratorio.

En síntesis, el crecimiento de la industria petrolera fue crucial no solo en la transformación de la economía en su totalidad, sino en la reorientación de los patrones demográficos tradicionales estables del país. El vertiginoso desarrollo de la industria de los hidrocarburos necesitaba un gran sector de servicios que sólo la movilización masiva de la población podía proporcionar. La expansión de la economía industrial condujo, en gran medida, a la consolidación del moderno estado-nación a través de la formación de una infraestructura básica y de un proceso de rápida urbanización. Con la aparición de nuevos grupos urbanos vino la demanda de más productos alimenticios, problema difícil de resolver por causa de la crisis en el mercado de exportación agrícola y la virtual ausencia de mercados internos ocasionada por el prolongado abandono del campo. Para el año 1936 estaba claro que con una población inferior a 3,5 millones de habitantes, un desequilibrio demográfico provocado por el éxodo hacia las ciudades, así como un territorio de escasos asentamientos, y una reducida tasa de crecimiento natural determinada por la alta mortalidad, Venezuela tendría que recurrir a la importación de inmigrantes para poder adaptarse a los requerimientos del nuevo estado industrial.

#### LA INMIGRACIÓN MASIVA EN VENEZUELA: CONTEXTO CONTEMPORÁNEO

El período de expansión industrial y urbana que caracterizó el desarrollo venezolano durante los años post-petroleros estableció las condiciones necesarias para el ingreso de grandes contingentes de inmigrantes y coincidió con el cierre de las fronteras en el resto del continente. Cuando finalizó la recesión mundial, la política inmigratoria en Latinoamérica se había tornado restrictiva y/o selectiva porque las exigencias de mano de obra ya habían sido cubiertas en años anteriores con la in-





migración masiva. Venezuela, en cambio; estaba a punto de entrar en el período de inmigración masiva que se extendió desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta bien entrados los años 60. No obstante el intervalo de tiempo transcurrido, los objetivos de la Venezuela del siglo veinte no se diferenciaban de aquéllos de los países del cono sur; reclutar trabajadores y poblar el territorio, modernizar la nación mediante un esfuerzo concertado por “traer Europa a América (Berglund 1980: 10)”.

La inmigración europea fue activamente solicitada. A pesar de los argumentos ideológicos que sustentaban la necesidad y los beneficios de la importación de mano de obra permanente, antes de la Segunda Guerra Mundial, la inmigración se caracterizó mayormente por su espontaneidad y su condición esporádica. El General Gómez propició un proceso selectivo y firme en los años 30, y mostró su preferencia por los laboriosos isleños sobre todos los demás (Veracochea 1986: 217). Sin embargo, la población crecía lentamente y fue sólo cuando el General López Contreras sucesor del General Gómez, asumió la presidencia en 1936, que el rápido incremento de la población comenzó a reflejar un creciente influjo de los extranjeros. Más del 90 por ciento de los inmigrantes provenían de la Europa meridional y en la época dorada de la inmigración masiva (1848-1954) hubo un ingreso con promedio anual de 30.000 personas (Che *et. al.*: 1983: 48). Entre 1941 y 1950, la población de origen extranjero tuvo un aumento de 153.077 personas, y esta tendencia continuó a medida que se aceleraba el ritmo del proceso inmigratorio. Entre 1950 y 1961 ingresaron al país otros 332.833 inmigrantes, y el grupo foráneo alcanzó un volumen de más de medio millón (Chen 1975: 226-227). Este conglomerado constituía el 7.3 por ciento de toda la población venezolana, cifra que según los demógrafos del país ocupa virtualmente el primer lugar en la historia de la inmigración. Para 1961 el segmento de origen español representaba más del 30 por ciento de la población extranjera y constituía el grupo de más acelerado crecimiento (Che *et. al.*: 1983: 50).

La promulgación de la Ley de Inmigración y Colonización de 1936 instituyó los términos de la inmigración masiva. Esta ley, elaborada conforme a previas leyes de inmigración y en conjunción con la Ley de Extranjeros, sentó las bases legales de la moderna política inmigratoria (Berglund 1980: 42-44). Pero los lineamientos específicos variaron al pasar los años, a tono con la relativa amplitud de criterios de cada régimen presidencial y en reflejo de las cambiantes necesidades y condiciones del país. Por ejemplo, la política inmigratoria en las postrimerías de los años 40 y 50 se orientó primordialmente hacia el sector agrícola. Los inmigrantes de las Islas Canarias entraron a Venezuela con el status

oficial de “emigrante” y fueron destinados a colonias agrarias salvo los casos en que tuvieron de antemano un patrono que los empleara. A mediados de los años 50, sin embargo, como resultado de la política de puertas abiertas de Pérez Jiménez, los inmigrantes entraron fácilmente al país con visas provisionales que rutinariamente se convertían en permanentes luego de un año de residencia. En realidad Pérez Jiménez había ordenado a su Director de Extranjería que abriera las puertas de Venezuela a cualquier europeo “que reunía las condiciones convenientes a su juicio (Veracoechea 1986: 275)”. Pero después de la caída de Pérez Jiménez en 1958, las normas se restringieron y se exigió para el ingreso al país el respaldo de un familiar inmediato mediante una “carta de llamada”. A pesar de estas variantes, los inmigrantes por lo general pudieron llenar con relativa facilidad los requisitos de ingreso. Las conversaciones con los informantes revelan que siempre había una forma de soslayar las reglas para quienes estaban decididos a emigrar a Venezuela.

Un aspecto fundamental de la moderna política inmigratoria fue el énfasis en el “mejoramiento” de la población venezolana a través del proceso de mestizaje. Se creía erróneamente que una infusión de sangre de blancos europeos produciría una raza mejor a lo original. Tales nociones sobre raza y mestizaje habían sido heredadas de las leyes de inmigración del siglo diecinueve que aplicaban criterios biológicos en forma unilineal y evolucionista. Los juicios en cuanto a razas en los años 50 de este siglo eran conceptos de orden social y no biológico, y se basaban en el interés por mejorar la “moral” y la capacidad “intelectual” de la población criolla. Los más destacados dirigentes del momento parecían actuar bajo la fuerte presión de una economía agrícola estancada y una población campesina en su mayoría, incapacitada para enfrentarse a las exigencias de una economía industrial en proceso de expansión. Uslar Pietri, Ministro de Educación de López Contreras (1936-1941), hablaba de traer la “civilización” a un país que adolecía de una economía atrasada y de un pueblo indolente y mestizo (Berglund 1980: 27-28). Rómulo Gallegos, primer presidente de Venezuela electo democráticamente (1947-1948), consideraba que la sangre extranjera era ingrediente indispensable para “fortalecer el deficiente material humano con que hoy contamos para la magna empresa del engrandecimiento nacional, que ha de ser la nota de la política de nuestro partido (citado por Chen *et. al.* 1983: 43)”. A partir de la llegada de Rómulo Betancourt a la presidencia en 1959 estos criterios socio-raciales aplicados a la inmigración comenzaron a expresarse en términos puramente socioeconómicos. Betancourt rechazaba la noción de que los europeos eran



inherentemente superiores a la población criolla venezolana: “no nos interesábamos en eso que se ha dado en llamar civilización de trasplante... nos preocupábamos por lo contrario, en acriollar al inmigrante, incorporándolo al suelo nacional y a nuestro mundo en formación (1967: 527)”. Una inmigración a gran escala de trabajadores sanos y saludables sería el antídoto para una nación empeñada en la difícil tarea de sembrar su petróleo. Los contingentes provenientes de las Islas Canarias, descendientes de un pueblo conocido desde tiempos remotos por su naturaleza laboriosa, se avenían perfectamente a los requerimientos de Venezuela.

#### ENFOQUES ANTROPOLÓGICOS DE ESTUDIOS DE LA MIGRACIÓN

Antes de exponer los resultados parciales de mi investigación sobre la emigración de los isleños canarios a Venezuela, desearía mencionar los aspectos teóricos y metodológicos de este trabajo antropológico. Hasta ahora, ha habido tres enfoques teóricos básicos en el estudio de la dinámica de distribución de la migración o la población: primero, el modelo funcionalista de equilibrio que percibe la migración como instrumento para restaurar los desequilibrios demográficos y económicos entre países menos desarrollados y más desarrollados mediante el flujo migratorio de nación a nación; en segundo lugar, el modelo psicológico, centrado en el individuo, que otorga importancia fundamental a los movimientos y los motivos de los migrantes individuales; y tercero, el modelo histórico-cultural que se basa en factores de macro-nivel y analiza las articulaciones estructurales entre los países que envían y los que reciben (Wiest 1979: 180-183). Los actuales estudios sobre la migración han utilizado generalmente los dos primeros enfoques y tienden a ser ahistóricos y estáticos, con una conceptualización del proceso migratorio como simple traslado de un lugar o de un país a otro. Estos métodos no han tratado adecuadamente las complejidades del fenómeno en cuestión. No sólo se trata de que aún no estamos seguros en cuanto a la definición de migración; sucede que los factores relativos a sus aspectos espaciales-temporales son aparentemente infinitos.

Como factores impulsores, el sociólogo Everett S. Lee menciona: el lugar de origen, del destino, diversos elementos influyentes, y los factores personales (1969: 185). Como variables adicionales, podrían añadirse también las de inmediato y largo plazo, asimismo circunstancias esporádicas y crónicas. Todas estas consideraciones no sólo afectan el



volumen y la tasa de emigración, sino los tipos de patrones que se desarrollan en el proceso migratorio. Los derivados de estos factores configuran una diversidad de migraciones: permanentes o temporales, paso a paso o cíclicas, rural-urbana, internas, a través de fronteras, e internacionales. En el caso de las Islas Canarias, podemos referirnos a la migración interinsular como patrón secundario del movimiento principal, el transatlántico. Por lo demás, los factores causales pueden ser analizados en diferentes perspectivas o niveles: personal o idiosincrásico, regional, nacional, intercontinental, etc. Del mismo modo puede categorizarse la migración por tipos: voluntaria, involuntaria, política, de refugiados, por catástrofes, razones laborales, etc. Procedentes únicamente de las Islas Canarias hay, cuando menos, dos tipos principales de migración contemporánea: la laboral y la política. Por último, podemos enfocar a los migrantes mismos, bien como individuos, con biografías personales o como adherentes de características específicas compartidas, definitorias del migrante típico.

Dada la complejidad de estas configuraciones, el único enfoque teórico adecuado de la migración es el histórico-estructural (Margolies 1979). Surge entonces el problema teórico, sorprendentemente sencillo: *conceptualizar el espacio dentro del cual se mueven las poblaciones*; no obstante, la tarea es enorme, por la dificultad de articular los diversos niveles de análisis, ya sean temporales o espaciales. Hasta la fecha no hemos podido librarnos del “modelo bipolar”, polarizando arbitrariamente el espacio mediante un examen de la migración desde el punto de vista del país emisor o del país receptor y hemos clasificado los factores migratorios como de simple “empuje” y “hale” (Uzzell 1976). Este modelo tiende a ser ahistórico y oscurece la naturaleza dinámica del proceso. El acto de migrar constituye sencillamente un indicador de cambios macroscópicos en un campo social global que afecta las correlaciones conductuales a un determinado nivel de grupos con diferencias en el tiempo (Margolies 1976).

En sus intentos por abordar el problema de la conceptualización, algunos antropólogos han eliminado al individuo con fines heurísticos. Al establecer una teoría de interacción regional, la migración no es vista como si los individuos se trasladaron de un punto a otro sino como la movilización y el intercambio de información de diferentes tipos de bienes y recursos (Leeds 1978). En mi trabajo, considero que el migrante individual es importante como persona con una historia vital especial, pero no constituye *per se* la clave en el proceso migratorio. El acto individual de migrar es sólo el punto de partida para el estudio del proceso; la migración individual es una estrategia cuyo término depende de



acontecimientos estructurales subyacentes. Por consiguiente, “el hambre,” “la hambruna,” “la sequía”, y otras variables no explican suficientemente el movimiento migratorio si tomamos en consideración el contexto global que debe ser nuestra unidad de análisis. La migración desde las Islas Canarias hacia Venezuela no es el simple estudio del viaje del equis número de personas de las Islas Canarias a Venezuela en equis fecha. Tampoco puede ser explicado recurriendo exclusivamente al enfoque de la demografía, la política y la economía de las Canarias. Para poder comprender la dinámica de este proceso migratorio en particular, debemos concebir un sistema global que encierra tanto a Venezuela como a las Islas Canarias, y ha sido el resultado de continuas y diferentes corrientes y contracorrientes migratorias que fluyen en ambas direcciones; dichos movimientos no son de índole solamente poblacional, sino que constituyen relaciones de intercambio y redes sociales que enlazan a todo el sistema migratorio. No debemos limitarnos al examen de la coherencia interna del sistema, sino ver también sus contradicciones, porque el proceso se halla en permanente estado de transformación. La historia de la emigración canaria a Venezuela comenzó con la partida masiva de isleños hacia este país y continúa desarrollándose y cambiando en respuesta a factores y acontecimientos de macro-nivel. Consecuencia de los diversos eslabones que integran el sistema, el proceso de emigración tiene su dinámica interna independiente de los individuos que intervienen en el proceso.

Los problemas metodológicos al estudiar la migración como sistema dinámico son onerosos, porque nos hallamos frente a un panorama ilimitado que debe ser delineado artificialmente para los fines de la investigación. La cuantificación de los migrantes conforme a patrones espacio-temporales es apenas el primer paso, ya que los migrantes en sí son simplemente los protagonistas visibles del proceso subyacente. En el tiempo, la emigración canaria a Venezuela puede dividirse en dos precisas fases históricas, y espacialmente, debemos enfrentarnos a las diferentes variables que ligan a Venezuela con las Islas Canarias dentro de un orden mundial que se amplía cada vez más. En un esfuerzo por romper con el método bipolar y estático, mi diseño investigativo incluye trabajo de campo antropológico en las Islas Canarias y en Venezuela, como herramienta metodológica fundamental. Aunque analizamos un solo sistema procesal, el trabajo de campo envuelve en realidad dos proyectos, uno en el país de origen de los migrantes, y otro en el país de su destino. El proyecto requiere el conocimiento de dos países y dos culturas, y el trabajo de campo realizado en dos continentes exige tiempo de dedicación y gastos. Y a semejanza de las personas suje-



tas a estudio, de pronto uno se halla moviéndose como un vendaval de aquí para allá en un esfuerzo por enlazar las conexiones del sistema. Es probable que estas consideraciones hayan influido en el pasado para desanimar a los antropólogos en la tarea de enfrentar en correcta forma dinámica este tipo de estudio de la migración.

El esquema de mi investigación consistió en unas prolongadas sesiones de campo en las Islas Canarias donde sostuve entrevistas estructuradas con una muestra escogida de emigrantes que han regresado. Recogí datos acerca de la migración individual, así como historias ocupacionales, antecedentes familiares, genealogías, adaptación y vida en Venezuela, razones del retorno y también readaptación y vida en las islas; en la actualidad está por terminarse un conjunto similar de entrevistas en diferentes regiones de Venezuela. He trabajado igualmente con informantes claves en ambos países a fin de recoger información sobre determinadas facetas del proceso migratorio. También he reunido datos estadísticos y cuantitativos a través de análisis de fuentes en los institutos de migración de ambos países, con el fin de examinar los aspectos más recientes de la migración de retorno. Para poder obtener información cuantitativa verificable, he desarrollado un método genealógico que me permite delinear los movimientos intergeneraciones de miembros de grandes parentelas dispersas a ambos lados del Atlántico, y establecer sus patrones de migración en cuanto a destino, ritmo y volumen. El propósito que me ha animado a investigar los datos relativos a familias diseminadas es obtener un cuerpo preciso de microhistorias y patrones demográficos que pueden luego intercalarse con los fenómenos globales.

#### PATRONES Y PROCESOS DE LA MIGRACIÓN CONTEMPORÁNEA

Todos los aquí presentes estamos familiarizados con las condiciones en las Islas Canarias, pero en menor grado con las que imperaban en Venezuela en los primeros días de la migración masiva. El prolongado período que siguió a la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial es recordado por los canarios como la peor etapa de los tiempos modernos, cuando se mantuvo cerrada la vía de escape tradicional, que era la emigración hacia América. Las precarias condiciones agrícolas tradicionales fueron agravadas no sólo por una economía de racionamiento de guerra, sino por un clima de represión que excluía las divergencias. En forma fortuita apareció Venezuela en el horizonte como destino viable de migración en momentos en que la crisis económica cubana puso fin a ese otro tradicional destino migratorio. Clandestina-



mente en su comienzo, por barcos veleros, pero luego legalmente, al reanudarse las relaciones diplomáticas, la emigración hacia Venezuela prosiguió en corrientes de rápido crecimiento entre 1948 y 1960. Venezuela experimentaba un desarrollo sin precedentes impulsado por la fiebre petrolera.

El deseo de “sembrar” este producto condujo a una redefinición de la política inmigratoria y una abierta invitación a ingresar al país. El veloz aumento de la corriente migratoria durante los años cincuenta puede tener su origen no solamente en los desequilibrios económicos entre las dos regiones, sino también en la tasa de cambio monetario extraordinariamente favorable que atraía a multitudes de inmigrantes deseosos de participar en el “boom” venezolano. Estos primeros flujos migratorios se dirigieron principalmente a Caracas y la circundante región central. La mayoría de los inmigrantes se emplearon en los crecientes sectores comerciales y de servicios de la economía urbana. El llamado a los agricultores fue respondido únicamente por los naturales de La Palma que aspiraban rutinariamente a continuar sus empresas agrícolas en Venezuela, buscando asentarse en fértiles regiones foráneas. La emigración de las Islas Canarias hacia Venezuela alcanzó su apogeo a mediados de los años cincuenta. Tan solo entre 1951 y 1958, entraron a Venezuela más de 60.000 isleños; esta cifra representaba aproximadamente la mitad de la población canaria que emigró en los 25 años transcurridos entre 1946 y 1970 (Álvarez 1980: 368). Para 1960, después de la caída de Pérez Jiménez, con lo apretado de la política inmigratoria venezolana, y la firme recuperación de la economía canaria, los inmigrantes ingresaron en números decrecientes. Cada quinquenio acusaba un menor volumen: entre 1961 y 1965, vinieron unos 24.000; entre 1966 y 1970, cerca de 13.000; mientras que de 1971 a 1976, el flujo disminuyó a alrededor de 5.000 personas (Álvarez 1980: 368). Este descenso migratorio se equilibró con una contracorriente de emigración de regreso que se desarrolló en los años 60 y permaneció relativamente estable en el curso de la década siguiente. A consecuencia de la crisis de la deuda de principios de los años 80 y sus prolongadas repercusiones, la contracorriente ha aumentado firmemente su volumen, ya que un flujo de inmigrantes “permanentes” de largo plazo han optado por el regreso a su tierra nativa.

La emigración canaria a Venezuela compartió muchas de las características de la anterior etapa de la emigración hacia Cuba, aunque a la larga, la diversidad de las circunstancias históricas condujo a importantes divergencias entre los dos procesos. Ambos constituyen ejemplos de la emigración masiva a América, y para sus jóvenes protagonistas,



la migración, era un “rito de paso,” una fase tan normal dentro del ciclo de desarrollo familiar, como lo eran el matrimonio y la procreación. Sin embargo, la emigración a Cuba generalmente seguía un patrón cíclico: los emigrantes efectuaban varios viajes cortos a Cuba en respuesta a las demandas estacionales de la economía de las plantaciones; mientras el movimiento hacia Venezuela semejaba una cadena, pues los isleños emigraban a Venezuela en número creciente por períodos indefinidos. Los emigrantes cubanos participaban en el sector agrícola y servían de flexibles bancos de trabajo a las economías de exportación del tabaco y el azúcar; Venezuela, en cambio, estaba en proceso de rápida industrialización y urbanización y los canarios buscaban fortuna en actividades ajenas a la agricultura. Los emigrantes que regresaron de Cuba hallaron en Canarias una economía agrícola virtualmente estancada, retomaron sus actividades tradicionales, mientras los que procedían de Venezuela encontraron, en su momento, una economía local transformada por la naciente industria turística, remesas acumuladas por años, y modernización característica de la postguerra española. Ahora eran urbanos y estaban integrados dentro del sector terciario en proceso de expansión. Si bien los dos principales procesos de migración masiva de las Islas Canarias parecen semejantes, una visión más precisa revela diferentes configuraciones estructurales.

Los factores económicos fueron de primordial importancia en el proceso migratorio, pero también la ideología le dio ímpetu. En los años de guerra llegaron a su mayoría de edad numerosos jóvenes que hallaban poco futuro en las tradicionales labores del campo. Los relatos orales atestiguan la naturaleza atrasada y limitante de la agricultura y los sentimientos de frustración e impotencia ante la precariedad de la situación. Estos sentimientos eran reforzados por una jeraquía social dentro de la cual el control político del ayuntamiento y organismos civiles estaban en manos de los grandes terratenientes. La ideología de la migración —la tradición migratoria— hizo que los canarios vieran en Venezuela su salvación y perspectiva de una mejor vida. “Todo el mundo tenía la inquietud de migrar, de probar lo que otros habían experimentado”, como expresara acertadamente un informante. En realidad, los emigrantes tenían pocas nociones concretas sobre Venezuela, pero habían valorado las oportunidades de trabajar. La migración constituía el camino hacia el éxito, y las esperanzas e ilusiones de cada uno les daban el impulso motivador.

Los emigrantes hacia Venezuela eran hombre jóvenes, solteros o recién casados, que se trasladaban solos. La mayoría, de origen rural, tenía poca preparación formal y escasa experiencia de trabajo fuera de



la empresa agrícola familiar. El objetivo de la emigración de manera sucesiva era aligerar la carga de la empresa familiar y distanciar por un período de algunos años, la pérdida de manos para la siembra. Se acostumbraba que los hijos mayores partieran primero para ayudar a los familiares menores en la interminable cadena migratoria. La duración de la ausencia y las intenciones eran indefinidos; la idea general consistía en permanecer breves años en Venezuela, reunir una suma no especificada y eventualmente regresar a la patria.

El isleño emigraba solo, pero su acción ocurría dentro de un contexto familiar. La familia servía como unidad de recursos múltiples y en el feliz desenlace del proceso migratorio, su papel como proveedora de información, asistencia económica y apoyo emocional fueron de crucial importancia. Los familiares del emigrante les suministraban antes de partir invaluable información sobre la situación venezolana, los que vivían en América enviaban la indispensable “carta de llamada”, asumiendo el patronazgo del recién llegado, y con frecuencia suministraban el precio del pasaje que permitiera la salida del viajero una vez que sus papeles cumplieran con lo exigido. La migración dentro de una misma familia se efectuaba siempre dentro de un orden secuencial, porque cada individuo contaba con los parientes que le habían precedido para facilitarle el proceso. La migración conforme a este patrón concatenado permitía a cada migrante una efectiva utilización de los recursos familiares unitarios, tan necesarios ante la carencia casi total de organización benéfica.

Los primeros años de permanencia en el país receptor de un emigrante se caracterizaban por numerosos y frecuentes cambios en los trabajos, las asociaciones laborales y los lugares de residencia. Durante todo este período de adaptación el apoyo de los paisanos era decisivo. En relación con el mercado de trabajo, la intención original del gobierno venezolano de poblar el campo con laboriosos agricultores no pudo realizarse. El objetivo de muchos emigrantes con antecedentes de pequeños propietarios, era dejar atrás la empresa agrícola y trasladarse directamente a las ciudades. Una vez en Venezuela, la ayuda de los parientes y los paisanos resultó indispensable. Los recién llegados pronto hallaron empleos a través de los contactos efectuados desde las islas, y a menudo fueron contratados por emigrantes ya establecidos. Eran empleos correspondientes al sector informal, que suplían las necesidades de servicios de diversa índole a una creciente población urbana. Hoy en día, es muy conocido el espíritu independiente de los isleños canarios que tiene sus raíces en el crecimiento de industrias de servicios prácticamente desconocidos antes de su llegada. Los mercados de frutas y vegetales al



por mayor, la distribución de leche, agua embotellada, combustible, hielo y bebidas gaseosas, y mudanzas constituyen algunos de los servicios iniciados por los canarios a su llegada al país, y continúan predominantemente en sus manos. Otros se sintieron atraídos hacia el área de comercio en pequeña escala y abrieron bares, restaurantes, abastos, fruterías, talleres mecánicos, etc. Para la obtención de la vivienda, los inmigrantes también se apoyaban en sus contactos sociales. La práctica usual consistía en permanecer con los parientes al principio y mudarse luego a un hospedaje o residencia común regentada por compatriotas. En respuesta a las necesidades de los inmigrantes isleños apareció la *ranchería* o vivienda colectiva que ofrecía un acomodo de bajo costo en el cual los jóvenes podían alojarse y cocinar juntos. En muchos sentidos, la *ranchería* llenaba las funciones de la comunidad hogareña y de la familia ausente para los jóvenes recién llegados.

Más adelante, a medida que la situación de trabajo y vivienda se estabilizaban, los inmigrantes comenzaban a mandar remesas a los miembros de la familia que se quedaron en las islas. El ahorro de capital y las remesas jugaron un importante papel en la determinación del tiempo de permanencia del migrante en su nuevo país. Cada uno de ellos guardaba un mapa cognoscitivo de sus metas generales en cuanto al monto de capital por ahorrar y el uso de sus remesas. Por ejemplo, la máxima prioridad para el hombre casado consistía en mejorar su casa o construir una nueva en su lugar de origen. Objetivos importantes eran también la inversión en adquisición de tierra, mejoras agrícolas, y el cuidado de los familiares dependientes. Todos los aquí presentes están familiarizados con el particular estilo de los modernos chalets que proliferaron en Canarias en los últimos años de las décadas del 50, así como la difundida adaptación de la tecnología de riego, dos innovaciones que se basaban totalmente en la administración de las remesas. Con una tasa de cambio favorable y estable que permitiera a los emigrantes amasar una "fortuna" en términos de las Islas Canarias, era relativamente fácil alcanzar las metas iniciales. El período de prueba vagamente definido que se anticipaba al llegar, se extendía indeterminadamente, y los planes se revaloraban de modo continuo. De esta manera, surgían nuevos retos basados en consideraciones pragmáticas y la permanencia inicial se prolongaba repetidamente, hasta llegar a un estado *de facto* de residencia permanente en el país.

Aunque algunos emigrantes llegaban a Venezuela para nunca regresar a su patria, la mayoría de los isleños conformaba un patrón de migración extendida, circular, de visitas periódicas a lo largo de varios años a la tierra de origen. Era práctica común de los inmigrantes, asentarse





en Venezuela, acumular ahorros y al cabo de pocos años volver a las Islas en visita prolongada. La intención del *indiano* era realizar un regreso notable, cargado de regalos del nuevo mundo y dotado de un inconfundible aire de éxito y prosperidad. Para los solteros, en gran demanda por su experiencia mundana, esta era la oportunidad para encontrar una esposa, mientras los casados reconfirmaban los lazos conyugales. Después de gastados los ahorros, a cambio de inversiones y gastos de manutención, el emigrante regresaba a Venezuela a comenzar de nuevo. Patrones como éste podían durar hasta veinte años y aún representar una rutina establecida aceptable a toda la familia.

El tiempo de permanencia en Venezuela parece tener correlación directa con el ciclo de desarrollo del núcleo familiar. La esposa estaba obligada a manejar los bienes de la familia y esperar estoicamente los retornos pocos frecuentes del marido. Teniendo siempre presente el bienestar económico de la familia nuclear, fortalecida por los contactos a través de una viva correspondencia, la unidad de los miembros se conservaba intacta a pesar de la separación física. Eventualmente, sin embargo, su supervivencia podría depender de la reunión con el jefe de la casa a cualquier lado del Atlántico. La prolongada separación y el debilitamiento del interés a veces ocasionaban rompimientos, pero en líneas generales, la estructura familiar era asombrosamente resistente. El deseo de congregarse a la familia influía considerablemente tanto en el proceso de la migración de regreso como en la migración permanente. Cualesquiera que fueron sus bienes y dondequiera que estuvieran ubicados, los emigrantes que mantenían a sus familias en las islas estaban destinados a regresar algún día, mientras aquellos que llamaban a los suyos y criaban a sus hijos en Venezuela, alcanzaban gradualmente la integración, fortaleciendo su compromiso con el país receptor.

Todo proceso migratorio genera no sólo una corriente migratoria, sino también una contracorriente; la migración de regreso constituye un aspecto integral y normal de las historias de migración, pero la tasa de ocurrencia obedece a factores que sobrepasan el ámbito de los migrantes individuales. A lo largo de las décadas de los años 60 y 70 de este siglo, Venezuela experimentó una tasa inigualada de crecimiento económico, poseía una moneda fuerte y estable, además del máximo nivel de ingresos per capita en el continente. La historia de la migración procedente de las Islas Canarias había entrado en una fase de madurez. Detrás de la pequeña y continua contracorriente, parecían estar las fuerzas impulsoras de las consideraciones familiares y la valoración personal de las oportunidades vitales de cada uno; no obstante, para la amplia mayoría de los canarios en Venezuela, esta era su segunda patria,

que les permitía plasmar sus ambiciones individuales mediante oportunidades nunca antes disfrutadas. Los isleños canarios de Venezuela son grandes admiradores del país, han echado raíces en un feliz proceso de integración, y están algo apartados de los acontecimientos cotidianos de las Islas. Sin embargo, los recientes descalabros de la economía venezolana a partir de comienzos de los años 80, con la crisis de la deuda, la subsiguiente devaluación de la moneda y la escalada de violencia insensata, saqueo, e inflación masiva en los últimos meses, nos han demostrado que la noción de migración permanente sólo pueden mirarse en sentido retrospectivo y los recientes acontecimientos prueban que la migración sigue siendo una respuesta pragmática a condiciones cambiantes.

A pesar del tiempo que los canarios han vivido en Venezuela y de su grado de integración que incluye la nacionalización, la crianza de hijos venezolanos y la acumulación de bienes en el país, las posibilidades de regreso están siempre presentes. En última instancia, el inmigrante canario nunca olvida su tierra nativa, y cuando las condiciones externas se vuelven incómodas, se reactiva la idea de la migración. La migración de regreso es percibida como solución inmediata a una crisis nacional que sólo podrá resolverse a largo plazo. Entre 1987 y 1989, únicamente, el número de isleños que regresaron a su país de origen con el status de "emigrante de regreso" se triplicó (Expósito 1990), y si tomamos en consideración a aquellas personas en Venezuela que tienen listos sus documentos en previsión de un posible retorno, estamos indudablemente en previsión de una nueva y fuerte tendencia migratoria. Aún cuando la situación se ha transformado drásticamente en el país anfitrión, la contracorriente en ascenso no sería posible si las circunstancias en las Islas Canarias no hubieran evolucionado. La economía del archipiélago ha experimentado un progreso ininterrumpido a consecuencia de la industria del turismo. Por lo demás, la consciencia política del papel vital desempeñado por los emigrantes en el apuntalamiento de la economía de postguerra, se expresa en la implementación de proyectos y programas para los emigrantes que regresan. Pero a pesar del apoyo oficial ofrecido durante las diversas etapas de adaptación y reintegración, en beneficio de aquéllos que vuelven, la fase actual es compleja. Los recién llegados deberán recuperar gradualmente su identidad canaria mediante la obtención de documentación adecuada, empleos, vivienda y renovación de las relaciones personales y los lazos comunitarios. Toda una vida en Venezuela creó alianzas conflictivas, y el proceso de readaptación suele ser más difícil que la partida original, estimulada por las esperanzas e ilusiones de la juventud y de lo desconocido.



Al examinar las diferentes tendencias y los patrones que conforman la historia de la migración entre las Islas Canarias y Venezuela, vemos claramente que para comprender su naturaleza dinámica, no debemos caer en la trampa del simple “empuje” y “hale,” ni teorizar calificando de fuerzas causales los motivos personales de los migrantes individuales. Los flujos y reflujos del sistema global constituyen los factores necesarios que dirigen el curso de las tendencias migratorias, y debemos tenerlos siempre en cuenta al hacer el análisis de las causas y consecuencias de los movimientos poblacionales.





## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, M. (1980): *Estructura social de Canarias I. Desarticulación y dependencia, claves de la formación social canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, Centro de Investigación Económica y Social de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria (CIES).
- BERGLUND-THOMPSON, S. (1980): *The «Musiues» in Venezuela: Immigration Goals and Reality, 1936-1961*. University of Massachusetts.
- BETANCOURT, R. (1967): *Venezuela, política y petróleo*. Caracas, Editorial Senderos.
- BRITO FIGUEROA, F. (1974): *Historia económica y social de Venezuela. Tomo I*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- CABECAS MORO, O. (1980): «Emigración española a Iberoamérica. Evolución histórica y características sociológicas». *Migraciones Latinas y formación de la nación Latinoamericana*. Caracas, Universidad Simón Bolívar. Instituto de Altos Estudios de América Latina.
- CASTILLO LARA, L. G. (1983): *La aventura fundacional de los Isleños. Panaquire y Juan Francisco de León*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- CHEN, C.-Y. (1975): «Distribución espacial de la población venezolana. Diagnóstico y perspectiva». *América Latina: Distribución Espacial de la Población*. Ed. R. Cardona. Bogotá, Corporación Centro Regional de Población. 195-287.
- CHEN, C.-Y., Michel PICOUET y José I. URQUIJO, S. J. (1983): «Los movimientos migratorios internacionales en Venezuela: Políticas y Realidades». *Migraciones Latinas y Formación de la Nación Latinoamericana*. Caracas, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina. 33-70.
- EXPÓSITO, R. (1990): Entrevista en Dirección General del Instituto Español de Emigración, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Santa Cruz de Tenerife.
- LEE, E. S. (1969): «A Theory of Migration». *Migration*. Ed. J. A. Jackson. Cambridge, Cambridge University Press. 282-297.

- LEEDS, A. (1978): *Rural Proposal for a Research Project, Portuguese and Portuguese-French*. Labor Migration.
- LYNCH, J. (1987): «Inmigrantes canarios en Venezuela (1700-1800): entre la élite y las masas». *Montalban (Caracas)* 19: 215-229.
- MARGOLIES, L. (1978): «Rural-Urban Migration and Urbanization in Latin America». *Current Anthropology* 19(1):
- MEDINA, E. (1874a): Emigración a Caracas (Ms.). Santa Cruz de Tenerife.
- MEDINA, E. (1874b): Vindicación de la hoja, Emigración a Caracas (Ms.). Santa Cruz de Tenerife.
- MORNER, M. (1985): *Adventurers and Proletarians. The Story of Migrants in Latin America*. Paris, UNESCO and University of Pittsburgh Press.
- SULLIVAN, W. M. (1976): «Situación económica y política durante el período de Juan Vicente Gómez. 1908-1935». *Política y Economía en Venezuela. 1801-1976*. Caracas, Ediciones de la Fundación John Boulton. 249-271.
- UZZELL, D. (1976). «Ethnography of Migration: Breaking out of the BiPolar Myth». *New Approaches to the Study of Migration*. Ed. D. G. a. D. Uzzell. Rice University Studies. 45-54.
- VERACOECHEA, E. T. d. (1986): *El proceso de la inmigración en Venezuela*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- WIEST, R. (1979). «Anthropological Perspectives on Return Migration: A Critical Commentary». *The Anthropology of Return Migration*. Ed. R. E. Rhoades. University of Oklahoma, Papers in Anthropology.
- WOLF, E. a E. C. H. (1972): *The Human Condition in Latin America*. New York, Oxford University Press.

